

La pobre Blanca tenia miedo.

Conocia que las fuerzas le iban á faltar para sufrir y ofrecia su alma á Dios, pensando que iba á sonar la última hora de su vida.

Acudia la fiebre acompañada de visiones agradables ó terribles. El Angel veia en torno de su cama á todos aquellos que amaba; pero estaban pálidos y tenian los ojos llenos de lágrimas.

Blanca se decia:

—¡Muertos! ¡muertos como voy á morir yo!

E intentaba orar. Las palabras de la oracion se mezclaban en su boca.

No podia.

Aterrorizada llamaba, y su cambiada voz en medio del silencio la asustaba mas.

Hacia la una de la mañana la fatiga, mas fuerte que el sufrimiento, cerró al fin sus ojos. Durmió el sueño del cansancio.

Teresa volvió, y luego la misma marquesa.

Blanca no la oyó.

Su sueño, que nada habia podido turbar, fué sin embargo interrumpido cerca de las cinco de la mañana por un repiqueteo diabólico que daban en la puerta de la casa.

Blanca despertó sobresaltada.

Llamaban á la puerta; hacian sonar el aldabon y llamaban á gritos al portero.

IV.

UN PAR DE CALAVERAS.

El ruido que habia turbado el sueño de la pobre Blanca provenia de la puerta, cuyo aldabon, agitado con rapidez, producia un repiqueteo del infierno.

Acababan de tocar las cinco de la mañana en San German de los Prados. Es el momento en que las parejas de porteros, mecidas en su mejor sueño, roncan intrépidamente y sueñan el delicioso paraíso de la pequeña propiedad.

Obstinábanse en llamar y un silencio profundo reinaba en la portería.

Pero los huéspedes parecian gente dispuesta á

—Abrid, Mad. Gonelle.

La portera se decidió á obedecer.

—¡Oh! oh! exclamó frotándose los ojos á la vista de dos jóvenes que habian entrado vivamente y que habian cerrado la puerta tras ellos, ¿qué quiere decir esto?

Mr. Leon se acercó hasta tocar con su bella boca la nariz de la buena mujer.

—Os confesamos, mi querida Mad. Gonelle, dijo riendo, que no somos la marquesa.

—¡Ese aplomol

—Pero, replicó Mr. Leon, somos sus amigos íntimos.

—Sus primos hermanos, añadió Eduardo.

—Sus hermanos de leche, Mad. Gonelle.

—¡Tá, tá, tá.... hizo la portera; nunca os he visto y la señora no acostumbra recibir á estas horas.... Volved despues.

—¿Nunca nos habeis visto? exclamó Mr. Eduardo.

—¿Y bien, palomita? preguntó el portero desde la cama.

—Escuchad, replicó Mr. Leon; no queremos teneros aquí entre dos vientos, noble matrona. Es preciso que veamos á la marquesa ahora mismo.

—Imposible.

Mr. Eduardo sacó de su bolsillo media docena de luises, poniéndolos en la mano de la portera.

Esta retrocedió hasta el farolillo encendido junto á la puerta de la portería.

Si hubiese sido moneda blanca tal vez hubiese

parlamentado por pura fórmula únicamente; pero el reflejo del oro le saltó á los ojos.

Soltó la escoba para hacer una reverencia.

—Es decir, replicó.... entendámonos. Aparentais ser dos jóvenes señores honrados y es preciso que háyais venido alguna otra vez mas á la casa cuando me llamis Mad. Gonelle.

—¿Pero qué haces ahí, palomita? gritaba el conserje.

—Silencio, Mr. Gonelle. Es un poco temprano, pero los parientes se reciben á cualquier hora, y tal vez no se haya acostado aún la marquesa.

Hizo la segunda reverencia.

Mr. Leon y Mr. Eduardo subian los escalones de cuatro en cuatro.

La camarera de la marquesa de Urgel acababa de desnudar á su señora, y ella estaba ya medio desnuda.

La vista de los dos jóvenes la sorprendió casi tanto como á la portera; pero era una muchacha intrépida y no perdía la cabeza por bagatelas.

—Os equivocais, señores, dijo alumbrando sucesivamente las fisonomías de Mr. Leon y Mr. Eduardo; me parece que no es aquí donde quereis llamar.

Los dos jóvenes al subir la escalera habian hecho algunas reformas en sus trajes.

Sus camisas de fina batista dejaban salir fuera de sus chalecos las pecheras ajadas; sus cabellos estaban muy despeinados y habian inclinado sus

sombreros sobre la oreja como determinados calaveras.

En lugar de responder dió Eduardo dos ó tres pasos aparentando vacilar.

Durante esto acariciaba Leon con desenvoltura y con el dorso de la mano la mejilla de la linda camarera.

—Buenos días, Luisa, dijo.

—Adios, María, adios, añadía Mr. Eduardo; no nos engañamos, hija mia; venimos á hacer una visita á tu ama.

Y dió varias vueltas, estampando por detrás un beso en el cuello desnudo de la camarera.

Teresa no era mujer de escésiva austeridad. Comprendía perfectamente las bromas; pero en aquel momento estaba mas bien para incomodarse que para reir.

—¡Vayal niños, dijo; estais beodos ó locos. ¿Me haceis el gusto de decirme por quién nos tomáis?

—A tí, María, por la muchacha mas linda que he abrazado de una semana acá, respondió Eduardo.

—Y en cuanto á tu ama, añadió Leon, la tomamos por lo que es, por la bella de las bellas, la seductora de las seductoras. Entra á anunciarnos, ángel mio. El vizconde Leon de Saint-Remy, secretario de embajada.

—Y el caballero Eduardo de Saint-Remy, gentil-hombre de cámara del rey de Baviera.

Teresa se encogió de hombros

—Dos escapados del colegio, murmuró.

Desgraciadamente no era ya tiempo de darles con la puerta en los hocicos. El enemigo estaba en la plaza. Leon permanecía entre ella y la puerta; pero el vizconde Eduardo, secretario de embajada, daba vueltas en su derredor afectando las maneras del mas consumado calavera.

La pobre muchacha estaba embarazada con lo ligero de su traje y con la palmatoria que tenia en la mano.

Cada vez que queria protestar ó incomodarse le tomaba riendo Leon la barba y Eduardo se apoderaba de su delicada cintura.

—¡Pero esto es indecentel gritaba. En mi vida he visto cosa semejante. Acabais ó grito socorro.

Y á pesar de todo, no podia conseguir ponerse seria ni enfadada.

Esa buena Teresa era muy práctica, y sus dos adversarios dos jóvenes de figura muy bella.

En todo el barrio de las Escuelas, del que conocia el personal muy bien, no hubiera podido hallar ojos semejantes á los del caballero.

Habia en los dos jóvenes una elegancia tan viva, tan graciosa, que era imposible resistir.

Tenian una alegría tan franca... ¡Hacian su calaverada con tanto gusto y entusiasmo!

En aquellas cabezas habia gran cantidad de champaña, y Teresa acostumbraba respetar ese liquido.

—¿Pedir socorro? exclamó Mr. Eduardo; ¿estás en tu juicio, muchacha? ¿quieres reunir aquí todas

las malas lenguas que hay, desde la del portero hasta las del sexto piso? ¿Qué te ha hecho la marquesa?

—¿Y qué te hemos hecho nosotros, ángel? replicó Leon parodiando el tono suplicante; nos encontramos aquí para hacer tu felicidad. ¿Te parece á tí que tenemos traza de bribones?

—Teneis traza de dos calaveras locos que merecerian pasar la noche en el cuerpo de guardia; y advertid que no está muy lejos.

—¡No hay mas que atravesar la calle! exclamó el vizconde. ¿Cómo, cómo? con que nos amenazas.... Hija mia, hemos cenado como dos dioses.

—Ya se conoce.

—Calumnia, muchacha; mi hermano y yo podríamos bebernos aún doce botellas de Champaña sin siquiera perder el equilibrio. Pero por mi parte, Luisa, te he abrazado ya bastante, y me parece tiempo de hablar con formalidad.

—¿Os vais á marchar?

—Indudablemente, respondió Eduardo.

—¡Ahl dijo Teresa consolada.

—Nos iremos, replicó el vizconde, en cuanto nos hayas dejado ponernos á los piés de tu encantadora ama.

—¿Todavía?

—Por supuesto, hija mia.... es una resolucion irrevocable, y ahora vas á ser de los nuestros. Vamos, Luisita, ¿cuánto dinero es preciso para seducirte?

—¿Dinero á mi?

—¿Te gustan mas los besos? Pues tendrás uno y otro.

—¡Habrá fatuos! exclamó Teresa.

El caballero Leon, que estaba en frente de ella, sacó de su bolsillo un puñado de oro.

Teresa se ruborizó y volvió la cara.

Este movimiento la puso en frente del vizconde Eduardo, á cuya boca asomaba una maliciosa sonrisa, y que tenia la mano llena de oro.

—Entre hermanos, preciosa mia, dijo, no veo de qué modo te vas á escapar.

Teresa, ruborizada y sonriendo, miraba sucesivamente á los dos calaveras, que hacian sonar dulcemente las monedas de oro en el hueco de su mano, eubierta por el guante.

—¡Vayal se dijo la jóven; son muy agradables, y á Mad. no le dezagrada la broma. Vamos, mis bellos señores, prosiguió en voz alta; ni por oro ni por plata quisiera vender á mi ama.

—Ya se conoce, interrumpió el caballero.

—Nunca lo pensé, añadió el vizconde; al momento he conocido que eres la perla de las doncellas.

Al decir esto le tomaba la mano derecha el vizconde, mientras que el caballero se apoderaba de la izquierda.

Teresa sintió un dulce estremecimiento al contacto del oro.

—Si estuviera segura, murmuró,

—¿Segura de qué, querida? exclamó el vizconde; ¿de nuestra moralidad?

Somos conocidos por los peores jóvenes de Paris. Ya ves que no tienes motivos para temer.

Teresa reflexionó un momento. Despues dejó su candelero sobre un mueble y se quitó tranquilamente su gorra de dormir, despues de haber tenido cuidado de guardar en su bolsillo la doble ofrenda.

Mr. Eduardo y Leon de Saint-Remy la observaban con sorpresa.

Desató despues sus cabellos, que cayeron esparcidos por las espaldas.

—Si es lo que me figuro... dijo el vizconde, eres una adorable picaruela, Luisa.

Teresa en lugar de responder arrancó dos ó tres pliegues de su camisa y desgarró de un tiron una manga desde alto á abajo.

Despues miró á los dos jóvenes con aire resuelto.

—Veamos si sois verdaderos calaveras, dijo.

Antes que hubiesen tenido tiempo de responder, se lanzó hácia la habitacion de su ama pidiendo socorro.

A pesar de sus diez y seis años, el vizconde y el caballero parecian á la verdad conocer bastante bien á las mujeres. No parecieron desconcertados por esta repentina fuga, y entraron al momento en la farsa.

—¡Adelantel exclamó Eduardo.

Esa muchacha hubiera debido prevenirnos....

pero nos ha juzgado dignos de improvisar nuestro papel.

Siguieron los pasos de la doncella y sé introdujeron, siguiéndola de cerca, hasta la habitacion de la marquesa.

Teresa proseguia gritando y temblaba como la hoja de un árbol.

Lola, cogida de improviso, se habia sobresaltado.

—¿Qué es eso?... habia preguntado en el momento en que la doncella se habia precipitado en el mayor desórden en su habitacion como en el último asilo.

—¡Oh señora! ¡oh señora! replicó Teresa con voz entrecortada; ¡los demonios! creo que voy á morir.

Las bellas cabezas de los dos jóvenes se mostraron en aquel momento á la puerta.

Lola, calzado un pié y desnudo el otro, estaba en disposicion de meterse en la cama. La visita de los dos jóvenes moderó muy claramente su espanto, porque habia temido un peligro de otra naturaleza.

Sin embargo, lanzó un grito y echó un peinador sobre sus espaldas desnudas, tomando una posicion de paloma asustada.

Teresa estaba de pié en medio de la estancia exhalando grandes ayes y buscando la ocasion de ponerse mala.

Eduardo y Leon habian entrado cerrando con cerrojo la puerta.

—¡Señores! ¡señores!... dijo la marquesa; esta conducta es infame.... No os conozco.

—¡Dios mio, Dios mio! suspiraba Teresa; qué demonios!

Y se dejó caer en un sillón.

Eduardo y Leon se habian quedado cerca de la puerta. Se inclinaron respetuosamente, dando algunas pasos con el sombrero en la mano.

—Señora, marquesa.... dijo Eduardo con lentitud y como si la emocion hubiese embargado su voz, dignaos perdonarnos.

—¿Perdonaros, señor....

—Tal vez somos mas culpables de lo que pensais. Hemos violentado la puerta de vuestra casa.... fingido embriaguez para tener el pretexto de usar de la violencia con esa pobre muchacha....

—¡Los mónstruos no habian bebido champañal pensó Teresa, que se hacia aire con un pañuelo; ¡ya no hay niños!

—La hemos amenazado, replicó Eduardo; la hubiéramos muerto, señora, si no nos hubiera dejado el paso franco.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... dijo Teresa; de buena he escapado.

—Pero, balbuceó la marquesa, ¿cuál es vuestro objeto, señores?

—Vamos á decíroslo ahora mismo, y os suplicamos que considereis que tenemos tanta sangre fria como se puede tener al lado de una mujer deliciosa.... Lo que prometamos lo haremos, y nada en

el mundo será capaz de oponerse á nuestros desig-nios.

Lola, firgiendo bajar los ojos, los miraba á hurtadillas. Eran ellos como el amor, y á decir verdad, no le desagradaba del todo la aventura. Sin embargo, tenia una vaga duda; agitábanse sus recuerdos y le parecia haber visto ya en alguna otra parte aquellos encantadores rostros.

Pero no se sabia decir en qué lugar ni época.

Los dos hermanos sin embargo permanecian inclinados delante de ellos. El caballero Leon bajaba sus grandes ojos tímidos, y el vizconde la provocaba con una mirada de fuego.

Este último replicó:

—Ya podeis comprender, señora, que para llegar á la situacion en que nos encontramos ha sido preciso hacer salir de nuestro corazon toda clase de dudas y temores.... Los dos amamos con una passion irresistible y absoluta. Es preciso que uno de nosotros sea feliz, y venimos á suplicaros que escojais.

La marquesa se sonrió irónicamente.

—Señora, replicó el vizconde Eduardo con una sonrisa respetuosa, os suplico que comprendais bien mis espresiones: he dicho. Es preciso.

—De manera que en todo esto, replicó la marquesa, que se incorporó, no entra por nada mi voluntad!

—Si tal, señora; he tenido el honor de deciros que teneis la libertad de escoger entre los dos.